

Dra. Selva Ruiz Liard: "Lo más lindo de mi vida fue el Casmu"

V.A.

La doctora Selva Ruiz Liard tiene 90 años de edad. Fue la primer mujer traumatóloga del país. Retirada desde hace 20 años sigue en plena actividad colaborando con el SMU, siendo un ejemplo de solidaridad y trabajo, como se lo predijo un profesor en la adolescencia al decidir estudiar medicina, en una época en que las médicas eran una rareza en la sociedad uruguaya.

-¿De dónde proviene su familia?

-Mi padre era de Castilla la Vieja, era un hombre muy formal, teníamos que hablar bien, no decir una palabra mal dicha.

Mi madre venía de familia francesa, de Normandía, allí donde desembarcaron los Aliados.

Entre la seriedad de mi padre y la alegría de mi madre, se hizo una buena mezcla y disfruté mucho de mis padres.

Nos parecemos en esa modalidad a mi madre, ella, yo y mi hija Selva que es ingeniera agrónoma, somos muy alegres.

-Tuvo una niñez alegre

-Sí todos éramos así. Primero vivimos en la calle Inca y Orilla del Plata, que ahora no se llama así. Por ahí pasaba el ferrocarril, la gente iba a las carreras y a la vuelta tiraban monedas.

Nunca encontrábamos las monedas entre el pasto, pero siempre jugábamos juntos, una buena idea de mi madre, junto al perro policía.

Que de policía no tenía nada (risas), siempre jugaba con nosotros, era una vida muy divertida. Eramos cinco hermanos, pero nuestra hermanita murió de un sarampión que en aquella época era tremendo.

Recuerdo que una vez nos llevaron presos porque jugábamos al fútbol, y en aquel tiempo no se permitía jugar a la pelota en el campito.


No le dijimos nada a mi madre y nos fuimos los cinco con el perro: terminamos sentaditos en la comisaría, fue espantoso, aunque nos mandaron enseguida a casa.

-Era una familia muy unida

-Mi vida fue muy linda y agradable, cuando éramos chicos siempre estábamos juntos, claro había más afinidad entre mi hermano menor y yo, porque nos llevábamos dos años.

Cuando él tuvo alguna enfermedad como el sarampión y la tos convulsa se la traje yo de la escuela.





Nutriguía
Conocer más para alimentarse mejor

Nueva edición con Nutriguía Terapéutica actualizada:

- **Nutrición y Cáncer**
- **Obesidad**
- **Hipertensión Arterial**
- **Dislipemias**
- **Síndrome Metabólico**
- **Osteoporosis**
- **Diabetes**

Los diagnósticos actuales basados en los últimos consensos. Terapias nutricionales. Información sobre tratamientos quirúrgico y farmacológicos.

Solicítelo al 901 01 59. Florida 1520/302.
www.nutriguia.com.uy

Cuando tenía 10 años nos mudamos al Prado un lugar maravilloso, aunque muy húmedo. En aquel tiempo era un barrio muy especial, ya que la tuberculosis era una enfermedad de todos los días y la gente era de ir para allí cuando tenía algún hijo o familiar tuberculoso, porque decían que el aire del Prado les hacía bien.

- ¿Pero era húmedo?

- Sí, yo lo consideraba así, pero en fin. Hice el liceo en el Miranda, mi hermana mayor no estudió porque cuando ella le propuso a mi padre ir a estudiar, él le contestó que siendo mujer no era necesario. Ella le hizo caso y no estudio.

Yo no le pregunté a mi papá, usé otra modalidad quizás, terminé la escuela a los 11 años. Mi madre me mandó a la escuela temprano, yo tenía cinco años, y en aquella época no te pedían ningún papel.

Me acuerdo que la directora me preguntó cuantos años tenía y le dije seis con la cabeza gacha, después me puse a llorar cuando salimos. No me gusta mentir. De cualquier manera fue muy bueno, porque a los once años terminé la escuela.

Luego estaba estudiando para entrar al liceo -en aquel tiempo había que dar examen para ingresar- y me sobraba tiempo, así que iba a la escuela. Me encantó, porque accedí a muchos libros. Me fascinaba leer. En mi casa me iba al fondo de la quinta, que era enorme, a estudiar, debido a que mi hermano mayor ponía Gardel a las siete de la mañana y lo tenía todo el día.

Luego, a las cinco de la tarde, mi madre tocaba la campana para tomar la merienda, y ella me decía: “ya tas boba con tu lectura”.

En el liceo estudiamos muy bien, teníamos buenos profesores. Nos divertimos mucho y aprendimos un montón.

Estudie con el profesor Rogelio de Pro, por él seguí Medicina, y lo aclaro porque puede parecer que fue por mi hermano que estudiaba medicina, pero no fue así.

Ese profesor daba matemáticas y cosmografía y nos conocía mucho. Este es el álbum de cuarto año (indica mostrando un libro encuadernado y desgastado) el pobre está como yo (risas).

El profesor me puso lo siguiente: “una joven así es una aurora en que se vislumbra un mundo de sentimientos más solidarios (...) que mañana sea el árbol que se espera”.

Con mis compañeros de clase nos reuníamos seguido. Pero ya me quedan muy pocos, no en balde se cumplen 90 años, tiene la satisfacción de ver a los hijos, pero es una desgracia el perder a los compañeros.

- ¿Entonces fue su espíritu de solidaridad que la llevo a Medicina?

-Sí, antes pase a Preparatorios, en aquel momento había uno solo: el IAVA. Eramos mucho, tuvimos profesores brillantes y quiero destacar a Roberto Ibáñez en Literatura.

Cuando nos daba clases uno de los muchachos bajaba y cerraba la puerta, para que el profesor no oyera el timbre del recreo y nos diera un rato más de clase, lo adorábamos.

En Preparatorios conocí a mi novio, yo tenía 17 años. Él era de Tacuarembó, la madre era maestra, cuando ella falleció lo sentí como si fuera mi madre. Una mujer muy cariñosa con una carácter fuerte, muy emprendedora.

Hicimos un matrimonio muy lindo y él se recibió antes que yo, lógicamente. Yo no quería casarme hasta después de recibirme, di los exámenes y nos casamos en el mes de setiembre.

Todos los 20 de setiembre hasta que mi hermano falleció íbamos a su casa, llevaba el vestido de novia y nos sacábamos fotos. Esto se debía a que cuando éramos chicos habíamos quedado en que me iba a casar el día de su cumpleaños y viceversa.

Bueno, volviendo al profesor de Pro, entré a estudiar medicina porque dicho profesor me escribió aquella dedicatoria. Él creía que por mi solidaridad, entre otras cosas, debía seguir medicina, por mi forma de ser, no fue porque mi hermano fuera médico.

Ahora, recordando, mi madre también quería ser médica, pero mi abuelo la sacó de quinto año de la escuela para que cuidara a la madre y eso que estaban bien económicamente, tenían un gran servicio.

Mi mamá era una persona inteligente que pintaba maravillosamente y tocaba el piano, tarareando las óperas con las notas.

Además ella se interesaba mucho cuando con mi hermano estudiábamos Medicina, era una mujer maravillosa.

- ¿Cómo siguió la relación con su esposo?

-Hablamos en la verja de mi casa durante nueve meses. Después vino el verano, en mi patio había unos bancos hermosos de jardín, es así que mi padre me dijo que lo hiciera entrar que quería hablar con él.

Mi novio estaba muy nervioso, pidió un vaso de agua y ahí mi padre le dijo: “No tengo ningún interés en que mi hija se case”, claro había perdido a mi otra hermanita.

Con mi novio mantuvimos una relación muy agradable. Lo que más me llamó la atención cuando lo conocí fue cómo hablaba y de qué hablaba, a su lado me parecía que mis compañeros eran muy elementales.

Él me empezó a hablar de la guerra española y de la segunda guerra mundial. En mi casa teníamos prohibido lo siguiente: uno, jugar a las cartas y dos, hablar de las guerras o de política, aunque en aquel tiempo no se usaba ese término. Y yo ignoré que existía hasta que me la enseñó Muzio. Tenía un mapa donde seguíamos las guerras con banderitas.

En facultad nos veíamos muy poco, pero él venía después para casa.

Estaba en segundo año de Anatomía y siempre decía que iba a sacar sobresalientes. Cuando di el examen me fue bien, me hicieron 14 preguntas. Saqué tres sobresalientes,



y mis compañeros estaban muy contentos. Cuando llegué a mi casa y le conté a mi padre, se puso loco de la vida; luego llegó mi hermano y me preguntó ¿cuántos? ¿dos?, pero al entrar, mi padre le dijo, orgulloso: tres.

Cómo no podía estudiar en la casa, mi padre me hizo una especie de casita en la quinta, con una mesa de hierro que todavía la tengo y un pizarrón, porque me gustaba estudiar y hablar, eso me hizo mucho bien.

Cuando mi hermana falleció, mi padre me dijo, lógicamente, que no estudiara más, porque había que cuidar los hijos de mi hermana, que tenían entonces 2 años y 8 meses. Mi madre tenía 60 y pico de años, y yo en ese momento iba a hacer el internado.

Le dije a mi padre que esperara a que yo diera ese concurso y después hablábamos, porque eso ocurría 15 días después del fallecimiento de mi hermana.

Además de ir con el dolor tan grande, fue muy fuerte pues tuve la suerte de sacar el primer puesto. Cuando le fui a decir a mi padre se quedó muy contento.

Después me las arreglé y crié a mi sobrino. Siempre digo que fue mi primer hijo y lo adoro. Ahora vive en Portugal y es médico, la nena es una anestesista brillante.

-¿Cómo llegó a Traumatología?

-Fui y les dije a los profesores que iba a hacer la última parte del internado allí, porque iba a hacer esa especialidad.

El doctor Bado me dijo: “¿por qué si aquí no hay mujeres?” Le contesté que iba a hacer uso de un derecho porque había sacado una buena posición en el concurso. Eramos 270 que nos presentamos y yo podía elegir.

Además había hecho la rotación del internado en medicina con Piaggio Blanco y cirugía con Del Campo, además de las guardias con Larghero.

Luego fui al Pereira Rossell, sabía que ginecología no me iba a gustar y tenía miedo de sufrir por los niños. Igual quería saber, así que fui en las últimas rotaciones, luego hice cirugía de niño, donde aprendí a hacer yesos.

La última rotación del Pereira Rossell fue en el servicio del doctor Caritat que era maravilloso. Allí lo primero que hice fue trasplante de tibia anterior, que me parecía una cirugía enorme

Después de eso me quedaba la última rotación y pensé hacerla donde iba a hacer la especialidad, por eso fui a Traumatología y ahí hice mi última rotación.

Mi entrada a Traumatología fue muy dura pero la superé. Fui al segundo piso con el doctor García Novales un hombre maravilloso, muy suave y educado. Después de la visita nos sentábamos todos y se hacía una charla sobre lo que habíamos visto.

Era fantástico, hacíamos guardias y cuando no dábamos más nos tirábamos en una cama. No había Banco de Se-guros todavía y entonces todos los traumatizados venían a nosotros.

Todos los accidentados venían a Traumatología, los sábados llegaba a mi casa desecha.

Es así que el doctor Bado nos enseñó a hacer vendas de yeso. Todo me sirvió y aprendí bien, era la escuela italiana de traumatología, la de Bologna. Años después estuve en esa ciudad visitando el instituto que, puede decirse, fue el padre de nuestra Traumatología.

Recuerdo que una vez en el doctor Bado nos hizo pasar a todos los internos para mirar una cirugía, porque durante dos años estábamos sin ir a sala de operaciones. En esa oportunidad vimos al doctor Bado, con una pinza bien larga, levantando lo que tiraban los cirujanos, por ejemplo, una gasa. La levantaba y la ponía en la basura.

Era como si fuera un enfermero más, era admirable.

Después empecé a hacer guardia. Hice 26 años de guardia en Traumatología.

-¿Cómo ingresó al Casmu?

-Desde Tacuarembó me pidieron que fuera de consultante, fui durante dos años. Pero en ese momento llaman a concurso del Casmu para Jefe de Servicio de los cuatro grupos de traumatólogos, un cargo muy importante.

Entonces redacté una nota advirtiendo que me iba a presentar al Casmu y que si entraba dejaba mi trabajo en Tacuarembó. Y así ocurrió, e hice lo más lindo de mi vida que fue ingresar en el Casmu. Trabajé muchísimo, operé mucho más y con técnicas nuevas.

El otro día cuando me hicieron un homenaje en Historia de la Medicina, el doctor Raúl Praderi estaba sentado al lado mío. Él fue mi interno en Traumatología. Siempre dice que la Traumatología que aprendió se la enseñé yo.

-¿Fue un proceso duro para una mujer?

-Sí, pero en Traumatología todo se fue amoldando. Lo que sé es que el doctor García Novales fue un maestro mío en Traumatología y una amistad muy grande.

Luego vinieron al servicio otras mujeres, la doctora Nuria Schinca, Cuando ella llegó le dijo a García Novales que iba a hablar conmigo para saber cómo comportarse.

Él le dijo: “No, no... La doctora Ruiz Liard ya hizo un camino largo y profundo, donde no tenés nada que hacer. Ponete a trabajar, vas a ver que no vas a sufrir”.

-Volviendo al Casmu su experiencia fue muy positiva...

- Sí, en el Casmu a los 65 años se termina y hay que presentar una nota si uno quiere hacer unos tres años más. Yo no presenté nada, ellos fueron los que me dijeron “Usted sigue”.

Además yo tenía una libreta con los enfermos para operar y fui a la Junta Directiva a presentarla, cuando terminé a los 68 años en el Casmu. Les dije que eran los enfermos que tenía para operar.

Me pidieron si yo podía hacerlo y lo hice durante ocho meses hasta terminar con toda la libreta, porque eran enfermos míos.

Nunca daba de alta a un enfermo, les decía que estaba bien operado pero si sentía algo que me viniera a ver.

Además no puedo dejar de ser doctora. El otro día fue a hacer un mandando y veo a una señora gorda caminando con unos zapatos sin talón y altísimos. Me acerqué y le dije: “perdone señora, soy médica, usted esta usando esos zapatos y se va a caer, tiene que usarlos de tacón bajo”.

Yo soy chiquita pero nunca usé taco alto, a lo sumo un tacón. No puedo dejar de ser médica.

Luego que terminé en el Casmu fui, muchas veces, presidente de los tribunales para los concursos que se hacían. Estuve dos períodos en el Claustro de Facultad, en las discusiones sobre el Plan de Estudios. También integré la Comisión Fiscal del Sindicato. Soy de la Fosalba y siempre me fue bien. Sigo yendo a las reuniones. Ahora estoy en la Comisión de Asuntos Universitarios, donde nos ocupamos del Hospital de Clínicas, de la Universidad, del Decanato... no puedo dejar el SMU, es parte de mi vida.

-¿Cómo repercutió en su familia que usted fuese médica?

-En mi familia somos 14 médicos, pero de mis hijos ninguno quiso seguir Medicina. Claro, mi esposo fue profesor emérito.

Recuerdo que teníamos que dividirnos para cuidar a nuestros hijos.

De noche el que se levantaba para cuidar a mis hijos era mi esposo. Es importante porque algunos hombres, incluyendo a los esposos de las médicas, no se levantan en general para cumplir estas tareas.

Mi marido fue excepcional, fuimos muy felices porque él era excepcional. Éramos muy distintos y eso fue lo mejor, nos complementamos divinamente.

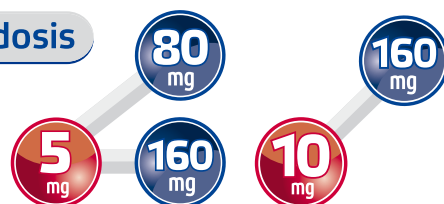
POTENCIA PARA ALCANZAR LA META...

NUEVO

EXFORGE®
amlodipina/valsartán

LA SINERGI A DE EFICACIA Y PROTECCIÓN ^(1,2)

Múltiples opciones de dosis



Gramón Bagó de Uruguay S.A.
Av. J. Suárez 3359, Montevideo
www.gramonbago.com.uy
☎ 0800 1856



Este producto y su marca son propiedad de Novartis y es comercializado en exclusividad por Gramón Bagó de Uruguay S.A.

1) Mistry NB, et al. The angiotensin receptor valsartan: a review of the literature with a focus on clinical trials. Expert Opin Pharmacother 2006; 7(5):575-581. 2) Julius S, et al. Outcomes in hypertensive patients at high cardiovascular risk treated with regimens based on valsartan or amlodipine: the VALUE randomized trial. Lancet 2004;363:2022-2031.